

CEREZOS, SAMURÁIS Y UN CABALLERO INGLÉS EN CRISIS

‘El hombre que salvó los cerezos’, de Naoko Abe, descubre a Collingwood Ingram, un aficionado a la botánica que popularizó el árbol nacional de Japón y lo rescató en la era de la industrialización... Y, por el camino, narra un momento de cambio en la historia el imperio asiático

POR PABLO HERRAIZ MADRID

LA VIDA CENTENARIA de Collingwood Ingram podría haber pasado por la de otro ricachón inglés con el ocio como principal actividad, sin dejar nada a su paso. Pero en cambio, Japón le debe la salvación de sus cerezos y el recuperado el orgullo por el árbol patrio.

A muchos les sonará la palabra *sakura*, que se refiere a los cerezos en flor. Cada momento importante de la vida de un japonés puede incluir muy tranquilamente una foto con un cerezo en flor detrás. Pero hay que situarse en la época de Ingram: en 1920, los cerezos japoneses eran ornamentales, no daban frutos y, por eso, muchos occidentales pensaban que no servían para nada.

En ese tiempo no globalizado, a finales de la época victoriana, nació Collingwood, y murió hace ahora 40 años, a la nada desdeñable edad de 101 años. La periodista japonesa Naoko Abe cuenta su vida y hazañas en *El hombre que salvó los cerezos* (Anagrama).

En ese periodo en el que el mundo aún lo recorrían solo unos pocos, Ingram fue de los afortunados que lo exploró. Su familia tenía dinero desde la generación de su abuelo, y para este *gentleman* fue habitual pasar las navidades en París o en Egipto desde niño. También fue normal que se dedicara a sus aficiones, de las que la primera fue la ornitología.

Pasaba el tiempo dibujando aves en el campo, ocupando sus tardes en encontrar huevos de zorzal oruiseñor, y muchas horas en el museo de Historia Natural para aprender más de los pájaros.

Hasta en la Primera Guerra Mundial, que le pilló ya casado, dedicó tiempo a su afición mientras estaba destinado primero en Inglaterra y, después, en Francia.

Para los primeros años del siglo XX Ingram ya había estado dos veces en Japón, donde hizo contactos y buscó aves similares a las que había en su isla. Pensaba el naturalista que eran dos países gemelos en muchos aspectos

de su fauna y flora, solo que con versiones locales.

Sin embargo, con la crisis de los 40, como

Collingwood Ingram, retratado a los 25 años, en Inglaterra.
EL MUNDO

tantos hombres de su edad, empezó a buscar un sentido a lo que hacía. La ornitología estaba bien, sí, pero no había mucho que aportar.

Hubo un punto de inflexión que le hizo desistir de ese camino: una revista de ornitología publicó un extenso artículo en el que un señor había contado cuántas veces cagaba un carbonero común en 24 horas. «Mejor lo dejen», debió de pensar Ingram.

Y en aquella época, ya en los 20, su familia se mudó a Kent, a una inmensa propiedad llamada The Grange que incluía dos cerezos magníficos en plena floración. Una cosa llevó a

la otra y el inglés decidió convertirse en experto en cerezos, algo sobre lo que no había competencia en occidente.

Descubrió así al público europeo y americano que había 250 especies distintas de cerezos, algunos silvestres, otros cultivados, de flores simples y dobles, blancas y rosas o de ambos colores a la vez. Los había longevos y efímeros, altos y bajos, de montaña y de medianías.

The Grange se convirtió en un vivero al aire libre inmenso donde Ingram reunió 70 especies muy pronto. Sólo le faltaba volver a Japón.

En su viaje de 1926,

Ingram encontraría el sentido a su vida: salvar todas las especies posibles y concienciar a la sociedad japonesa para protegiera su legado.

Japón, antes tan cerrado a los extranjeros, llevaba años abierto por imperativo de EEUU, que le había obligado a comerciar después de colocar unos destructores apuntando a sus costas.

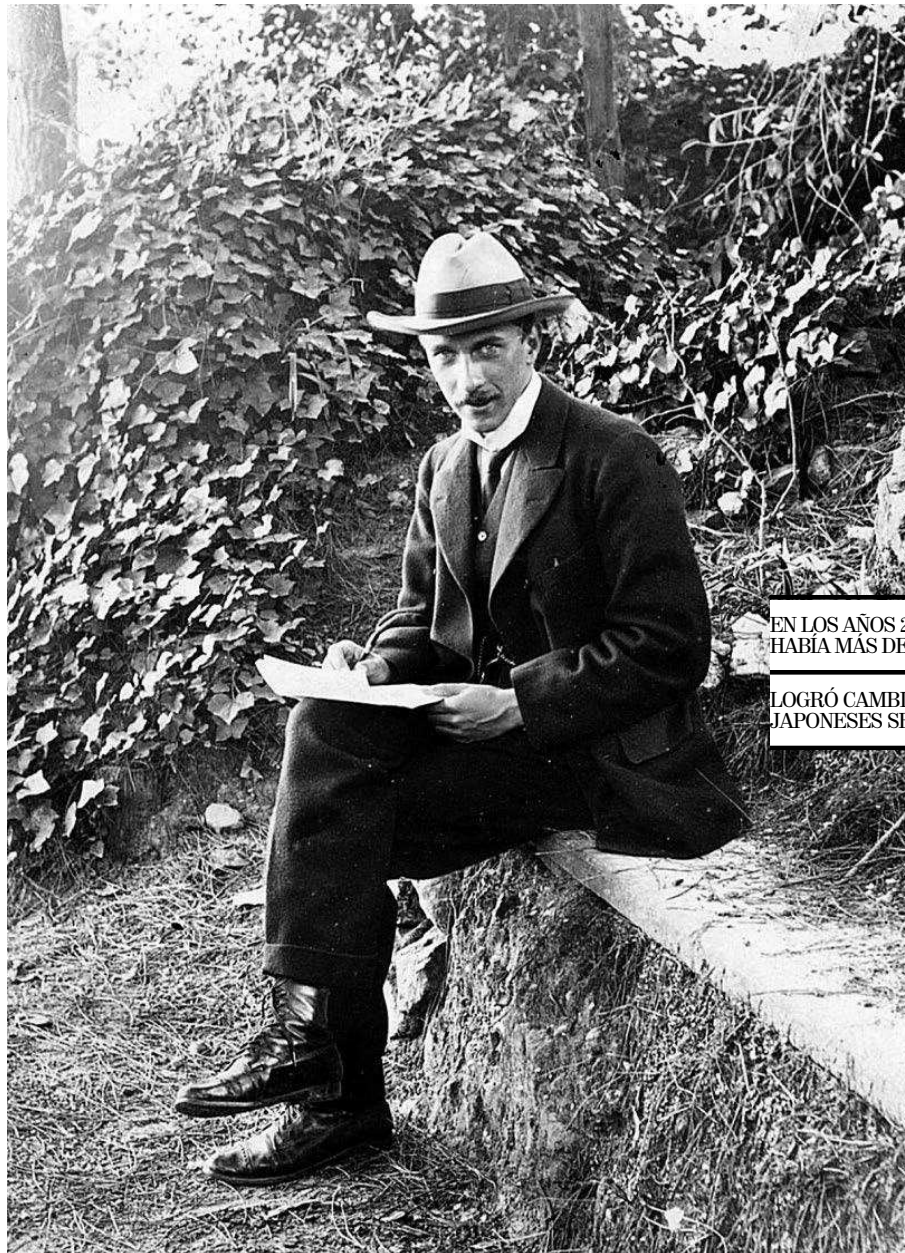
Antes, Japón había vivido encerrado en sí mismo.

Cuando el viejo sistema cayó fue el principio del fin de los samuráis. Muchos de ellos se convirtieron en bandidos, en mendigos o en ronin (samuráis sin amo).

Otros samuráis, dedicaron su talento a hibridar cerezos y así lograron enriquecer los jardines del archipiélago.

Los *daimyos* [gobernadores locales] querían tener los cerezos más preciosos para impresionar al *sogún* [el regente] cuando los visitara. En los templos, los pueblos y en las orillas de los ríos se cultivaban con decenas de especies.

Sin embargo, no fue esto lo que encontró Ingram en su viaje de 1926. Entonces halló preciosos ejemplares, descubrió especies que no conocía y consiguió montones de esquejes para plantar en The Grange. A cambio, también vio cómo los japoneses, apresurados por occidentalizarse, desdeñaban su pasión por los cerezos y descuidaban



EN LOS AÑOS 20 DESCUBRIÓ AL MUNDO QUE HABÍA MÁS DE 250 ESPECIES DE CEREZOS

LOGRÓ CAMBIAR EL DESDÉN QUE LOS JAPONESES SENTIAN POR SUS ÁRBOLES

sus ejemplares más bellos; las plagas, la polución y el vandalismo estropeaban esas riberas antes repletas de árboles sanos.

Y para colmo, una especie, muy bella, eso sí, empezaba a desplazar a todas las demás: la *someiyoshino* se plantaba por todo Japón, mientras otras variedades se extinguían. Collingwood Ingram dedicó su vida a cambiar esto y lo logró. En el camino, hasta tuvo tiempo de bautizar a varias especies: una de ellas fue la Hokusai, en honor al gran pintor del monte Fuji, que entonces ya causaba furor fuera de sus fronteras.